



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Tres barbijos y un encuentro
Milagros Lagneaux
Letras, (9), e211, artículos, 2020
ISSN 2524-938X | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/letras>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

Tres barbijos y un encuentro

Por **Milagros Lagneaux**

lagneauxma@gmail.com | <https://orcid.org/0000-0002-0435-4688>

Centro de Investigación en Lectura y Escritura (CILE)
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata - Argentina

Resumen

Todas las experiencias vividas en la pandemia son experiencias únicas. En los últimos tiempos las prácticas cotidianas se reinventaron y adquirieron otros sentidos, también se valoran de otra manera. El relato que comparto a continuación es una experiencia propia pero que también han vivido otrxs amigxs y compañerxs, una situación típica y cotidiana que en un momento de crisis, distancia y aislamiento adquiere otra importancia. Conocer a lxs vecinxs en barrio es una cosa, pero conocer sus historias en un edificio en donde el encuentro siempre es efímero y veloz, es otra. En las próximas líneas, narro el encuentro ocasional que tuve con Rosa y Funes, vecinxs adultxs mayorxs en el patio del edificio que compartimos. Allí nos conocimos al rayo de un sol tibio que nos acobijó por unas horas.

Palabras clave

pandemia, covid-19, aislamiento, experiencia, relato

De golpe el afuera no fue una opción sino un terreno repleto de dudas e incertidumbres. Desde que la pandemia llegó a la Argentina el beso en la mejilla dejó de ser un hábito y tuvimos que aprender a saludarnos a los codazos o encontrarnos entre miradas. Las especulaciones llegaron y empezamos a vislumbrar que el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) decretado por el presidente Alberto Fernández, iba a durar hasta mayo o quizás hasta julio, pero todxs arriesgamos poco menos de lo que en realidad ocurrió (y ocurre aún).

El 17 de abril, el barbijo también empezó a ser obligatorio en la provincia de Buenos Aires, y con él se multiplicaron los anteojos empañados, ese primer paisaje de personas con media cara cubierta fue una postal impactante y difícil de olvidar, costó asumir ese presente y por momentos las salidas parecieron recortes de películas.

Los llamados telefónicos empezaron a competir con los mensajes de texto, las videollamadas entre muchxs se volvió costumbre y las propuestas de transmisiones en vivo online fueron para todos los gustos: clases, actividades físicas, cursos y talleres, charlas, conferencias, reuniones entre amigxs y hasta recitales. Así celebramos los cumpleaños, las recibidas y los nacimientos, también se reinventaron las citas y los eventos sociales. La conectividad ya no era una posibilidad sino una salida ante la urgencia y parte de la vida cotidiana se había digitalizado.

En la ciudad de La Plata, de pronto, las calles se vaciaron y sobraban lugares para estacionar que al fin y al cabo ni así se ocupaban, la mítica diagonal 74 se cubrió de hojas secas y el rastro de las juventudes se esfumó. Los balcones se llenaron de mensajes: pañuelos de papel blanco con la inscripción «Son 30.000» el 24 de marzo, carteles y pañuelos verdes y violetas el quinto «Ni Una Menos» y globos de colores el Día de las Niñeces. El recorrido diario se delimitó a seis cuadras a la redonda y en las paradas de colectivos no había filas y lxs pasajerxs comenzaron a subir por las puertas traseras.

A las 21:00, en todos los puntos de la ciudad se aplaudió a lxs trabajadorxs de la salud y luego el homenaje se hizo extensivo a todxs lxs trabajadorxs esenciales. Algunxs, al concluir ponían el Himno Nacional a todo volumen; otrxs se inclinaban por la Marcha Peronista, otrxs llegaron a homenajear a Sergio Denis y en algún que otro barrio algunxs vecinxs se animaron a tocar instrumentos o hacer alguna presentación original.

El 30 de julio conocí a lxs vecinxs del primer piso luego de vivir en el edificio por más de un año, recuerdo la fecha porque luego de aquel encuentro me dieron ganas de escribir lo que había pasado, pero al final lo dejé a medias porque tenía cosas que hacer.

Rosa (¡paradoja de nombre!) es la señora que cuida las plantas del patio y allí estaba esa mañana con los anteojos puestos y el pelo gris y enrulado, sentada al sol junto a Funes, su compañero de vida. Ella conversaba mientras él hacía actividad física en una colchoneta azul con una energía que para nada le robaban los ochenta años. Él tenía las piernas flacas y las rodillas huesudas y repetía una rutina armada que mezclaba ejercicios aeróbicos y trotes en círculos.

Volví de hacer las compras y lxs vi de lejos mientras trataba de escuchar un audio con el celular y el elástico del barbijo se me interponía. Miraba al hombre y pensaba en lo agitada que estaba solo para hablar, quizás debía empezar a hacer algo similar. Sin mediar palabra sentí la necesidad de quedarme en ese patio por unos minutos, aunque del lado de la sombra, hasta que sentí que Rosa me llamó. Había exagerado, como siempre, y me senté casi en la otra punta para no molestarlxs.

—¡Vení de este lado que está lindo el sol! —me invitó—. Hoy, está lindo para estar afuera.

Y a un metro que con el tiempo dejó de resultar tan lejano, me senté y me di cuenta de que había sido una decisión acertada, hacía meses que no me sentaba al rayo del sol a hacer nada, además empezar una conversación en

tiempos de pandemia no es muy difícil, él «¿Cómo estás?» de la actualidad ya no se conforma con un «bien» y nada más.

Rosa me contó que Funes corre carreras y que entrena todos los días. Creo que le halagué el espíritu o algo así, comentario que hubiera dicho cualquiera. Le pregunté si ella es la que nos regaló las tres plantas que le dieron un poco de naturaleza a la casa, plantas con las que mi compañero apareció un día de la nada y me reconoció al instante. Rosa se encarga del jardín que es de todos pero es más suyo, ella le construye la identidad, le pone color y vida, dedica sus horas a plantar y desplantar, acomodar, sembrar gajos y repartir.

—¡Ah! ¡Vos sos la chica del primero! —añadió y le respondí que sí, que era yo.

La cuestión es que de charla en charla me preguntó cómo podía hacer para sacar un permiso para ir al médico. Le expliqué cómo funcionaba la aplicación y me ofrecí a ayudarla en caso de que lo necesitara. Tenía que ir a Ensenada, le conté que viví en Ensenada y Funes, alerta escuchaba la conversación para mencionar que él había corrido por esa zona también, «bastante cerca de la otra casa» como suelo decir...

Funes encontró un momento para contar su historia, es un atleta que empezó a correr cuando era apenas un niño porque le gustaba una chica, la primera carrera fue en una plaza y él necesitaba lucirse para llamar su atención, entonces se preparó durante semanas para impresionarla y ganó. Me describió con detalle las calles de la ciudad de La Plata en las que corrió, calles que conservan apenas algunas huellas de esos primeros pasos tiempos.

—¿Te acordás del tranvía? —me preguntó en una oportunidad y le dije que no había llegado a conocerlos.

En la conversación me contó que ganó varios premios y que siempre participa en los maratones que unen a las tres ciudades: La Plata, Berisso y Ensenada. Nunca pensó que el atletismo se iba a volver parte de su vida y que no lo iba a

poder dejar más, por eso se enojó con un entrenador, porque al final se había pasado parte de su vida apasionado por la actividad.

Me contó también sobre una carrera muy importante en la que un joven corría con zapatos con clavos y eso era señal de que estaba más preparado que él.

—¿Cómo zapatos con clavos? ¿Se corría con zapatos?

—Sí, con zapatos que eran buenos para correr, yo no tenía de esos y el tipo si tenía y me iba a ganar —me aclaró.

Funes no alardeaba y no ganaba siempre, pero para él toda carrera era un momento de celebración, de disfrute, un regalo de la vida.

En la pandemia sigue entrenando, para no perder la costumbre y volverse a presentar cuando todo pase. Rosa, a veces, entrena con él, y en otras oportunidades se sienta al sol a disfrutar del buen tiempo.

En las últimas carreras, siguió contando Funes, un participante le estaba pisando los talones y me dijo que en esos casos —y esto se lo dio la experiencia—, hay que detener un poco el ritmo para cargar energías y luego usar toda la potencia reservada en los últimos metros. Así pasó al otro competidor. En esa carrera que fue una de las últimas, Funes llegó anteúltimo, toda una victoria bien lograda.

En otros tiempos quizás ese encuentro oportuno hubiera estado acompañado por algún mate o por algunas galletas, tal vez hubiera sido con la cara descubierta, pero es como es, a distancia prudencial y mirándonos a los ojos y con atención en los detalles para reconocernos luego, cuando todo pase.

Referencia

Boletín Oficial de la Provincia de Buenos Aires. (2020).

<https://www.boletinoficial.gba.gob.ar/secciones/10278/ver>